

V Domingo de Pascua – Santa Misa (28-04-2024)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Esta semana hemos empezado con el domingo del Buen Pastor. El día de ayer ha sido la Fiesta de Santo Toribio de Mogrovejo, el segundo arzobispo de Lima, y todos nosotros estamos reconociendo que, en esa imagen, está también la de un verdadero Pastor cercano a la vida de nuestros pueblos, sus problemas, sus caminos.

Es un honor tener aquí presente a los hermanos campesinos de Catacaos, de Piura, que fue el primer pueblo que visitó Santo Toribio y entre las primeras comunidad campesina que fue reconocidas como poseedoras de sus tierras.

Por eso, hoy día, al recibirlos también, el Señor nos ha tenido una sorpresa por las lecturas. En el Evangelio de Juan (15, 1-8) nos ha dado una metáfora, una parábola campesina, la vid y los sarmientos. No sé si se cultiva el vino allá, (serían más bien entre los iqueños), pero, en todo caso, es una imagen campesina que, quizás, los que estamos en la ciudad no entendemos mucho, pero que sirve para poder comprender lo que es ser cristianos.

En las palabras del Santo Padre, les dijo: “¡Ánimo!, Persistan en defender la tierra” y en el Evangelio se nos dice: “*Permanezcan unidos a la vid*”. En este texto se dice que **Jesús es la vid verdadera**, es decir, como que podría haber vides falsas. Y es cierto porque, a veces, hay grupos o comunidades que quieren sustituir al Señor y hacerse como una especie de fundamento en sí mismas. Eso ocurre mucho

en la vida cristiana, sobre todo, en nuestro país en donde todos nos llamamos cristianos y católicos, pero pocas veces leemos el Evangelio, para dejarnos inspirar por la Palabra, para dejarnos mover por el amor de Dios que está presente, justamente, en la Palabra.

El Señor les dice: *“Ustedes están limpios por la palabra que les he manifestado”*. Y la Palabra es muy importante, no la costumbre, porque la Palabra siempre nos renueva. Y, por eso, la primera Iglesia dejó como legado para toda la historia, los Evangelios. Por eso nos anima tanto escuchar los domingos la Palabra de Dios para poder repensar nuestras vidas y encontrar nuevos caminos de respuesta a los problemas que tenemos.

En cambio, la costumbre, lo que hace es repetir siempre lo mismo. Evidentemente, en la Liturgia, repetimos para recordar el punto de partida, Jesús, pero innovamos con los elementos de la Palabra. Por ejemplo, si uno simplemente dice: “Yo, para poder solucionar algo, me persigno”. ¡Un Momentito! Primero, hay que decir qué implica y qué consecuencias tiene el que yo use la señal de la Cruz, porque ello me entronca con la Cruz de Jesús y me remite a aprender a vivir como Jesús.

Y ante cualquier circunstancia en la que estamos, el punto esencial es que Jesús nos dice que Él es la vida, su Padre es el viñador y estamos entroncados con Él de tal manera que hemos de dar fruto. Y aquí la cuestión principal que nos pone como problema a todos nosotros, como Iglesia, y a todos como cristianos, especialmente, a los cristianos de Lima y de nuestro país, es cuánto fruto da nuestra fe.

La cuestión central es si somos fecundos en la fe o no. No solamente si somos “productivos”, porque para el productivo

la idea es que seamos un montón. Y, de hecho, en el Perú hay mayoría católica (ha disminuido un poco, somos ya 75% y antes éramos el 95%), pero el problema no es ser más o ser menos. Si es que nuestra fe no genera fruto no está entroncada con el Señor.

El Señor dice aquí que, en esta dinámica, nosotros somos las ramas y que hemos de dar fruto. Y si no damos fruto, entonces, se secan las ramas y hay que echarlas a la leña y al fuego. ¿Por qué? Como pasa en toda planta, hay que podarla un poquito para poder generar más fruto, porque las ramas secas le quitan fuerza a la planta y, entonces, no puede dar las uvas.

Hay un proceso de limpieza, pero no es una limpieza de una especie de purificación tipo detergente. ¡Lava que te lava todo el día! Tenemos muchas religiones tipo “ñapancha”, costumbres de todo el día estar lava y lava. Así era el hebraísmo que llegó a la infecundidad.

Los que participan para infligirle la muerte a Jesús están completamente imbuidos de que ellos son poseedores de Dios y, en realidad, no generan ningún fruto, producen muerte. Quien es verdadero creyente no “produce” muerte, genera vida. Y la palabra más adecuada no es producir, es “generar” vida, porque la vida se genera. La vida fecunda – ustedes lo saben, hermanos campesinos – ocurre cuando un terreno es lindo, como un sembrío en donde hay fecundidad.

Hoy día, estamos llamados todos a entrar en ese camino de la fecundidad. La consecuencia de un cristianismo sin Cristo, de un cristianismo de costumbres que no vuelve a Jesús y no se entronca con Jesús como las ramas a la vida, la consecuencia terrible es esa esterilidad que, finalmente, conduce a cosas tremendas.

Pongámonos una pregunta: Además de nosotros mismos, quienes dirigen en el país, ¿son o no mayoritariamente cristianos como todo el pueblo? Ustedes me dirán: “Sí, todos son cristianos, todos han sido bautizados”. Pero ¿quién en las decisiones que se toman en el país, está pensando en que debe ser conforme a Jesús?, ¿quién se ha dejado limpiar por la Palabra para actuar de acuerdo con la Palabra de Dios y allí, en la decisión social, política, la que tengan que tomar, tienen en cuenta y en consideración las cosas que tenía en cuenta Jesús?

Estamos viendo el olvido. Se toma la decisión y Jesús no importa, y se hacen arbitrariedades terribles que hemos visto en el último tiempo y que, incluso, muchos católicos, que se profesan muy católicos no lo realizan haciendo una vida fecunda, sino al contrario, están llenándonos a los cristianos de esterilidad y al país de problemas.

Es muy importante porque la vida cristiana no es un culto aparte de la vida histórica. La vida cristiana vivifica la historia, acompaña y debería notarse que somos cristianos y católicos. Somos de nombre católicos, pero se empieza a dejar de notar, sobre todo, en este momento con los que somos dirigentes del país y no hacemos el esfuerzo suficiente por ser fieles al cristianismo que profesamos, incluso, en la Iglesia.

De allí que el entroncamiento, el estar unidos a Jesús, está presente en este texto para hacer posible que nosotros, en cualquier circunstancia, tengamos la misma dinámica del Espíritu de Jesús que nos llena de vida y nos hace crear y hacer cosas adecuadas y justas. Es verdad que los problemas de justicia tienen que resolverse por los cánones que tienen que ser resueltos y en eso hay su mecánica y su proceso, pero podríamos tener la inteligencia y la apertura

para que, llenándonos de Jesús y sacando conclusiones de las consecuencias que tiene ser cristiano hondamente, poder generar cosas justas.

En el país estamos en un clamor por más humanidad. Estamos perdiendo la humanidad y estamos llamados todos a volver a la humanidad prístina que tenemos cuando, por ejemplo, la Selección Peruana juega y todos estamos unidos por ella. Por lo menos, en esos ritos lo hacemos, pero tiene que plasmarse en la vida cotidiana, en las soluciones de los problemas porque, generar fecundamente una respuesta a las necesidades de todos, hace posible que, inspirándonos en Jesús, siempre tengamos imaginación. Eso es lo que el Papa llama “una santidad inteligente”.

Entonces, nos dice el Señor que nosotros siendo las ramas y Él siendo la vid, *hemos de permanecer en Él porque Él permanece en nosotros*. Es una especie de intersección: yo vivo en ustedes, ustedes viven mí; ustedes viven en mí, yo vivo en ustedes. Si Dios está presente ya, así como nuestra condición cristiana y nosotros, y este mensaje que nos dice Jesús y nos ha revelado lo tomamos en serio, va a ser posible también que, en el corazón de nuestras vidas, tengamos muchísimas mayores capacidades y soluciones.

Si mejora nuestra humanidad, mejorará también el país y los problemas se podrán solucionar, pero, mientras cada uno esté centrado en su interés y no es capaz de decir: “Hay un interés de todos que el Señor nos ha mandado realizar, una consideración humana de los problemas de la gente para poder actuar”, entonces, como no está fortalecida nuestra humanidad, inmediatamente caemos en lo primero que pasa y en el interés inmediato que se presenta.

Por eso, hoy día, hermanos y hermanas, es un día para rezar por la fecundidad de la Iglesia y de la fe cristiana de nuestro pueblo. Fecundidad que solamente puede darse si acogemos la Palabra que nos limpia. Es esa purificación, por medio de la Palabra, la que nos permite esa limpieza verdadera, no una limpieza superficial, sino una limpieza de manera de actuar, una limpieza de intención, una capacidad de imaginar lo más adecuado y justo para los demás.

Por eso, en este día en que recibimos a nuestros hermanos campesinos de Catacaos, queremos recordar cuánta equivocación hay respecto de cómo se gestionan las cosas en la vida social. Hay una consideración de que uno, por ser cristiano, puede hacer lo que quiere. Eso no puede ser así.

Hermanos y hermanas, en esta semana que se han reunido las comunidades y familias de nuestra Iglesia en la “Semana de la Cultura por la vida”, no se ha querido solamente reducirse a un aspecto de la vida, que es la defensa del niño no nacido y la defensa de la persona para toda la vida. Esto es un punto importante, pero va junto con la defensa de la vida de toda la sociedad, la defensa de una vida justa en la sociedad y también la defensa de nuestra ecología.

Tiene tres dimensiones la lucha por la vida: personal, social y ecológica. Y esto es muy importante porque soñamos todavía con tener una marcha por la vida en nuestra Iglesia, pero será siempre por todas las vidas, por las vidas también de las mujeres que se asesina tan fuertemente en la historia de nuestro país, por la vida de los campesinos, por la vida de las personas que sufren, por la vida de los enfermos.

Y así, entonces, todos podemos tener mayor conciencia de la grandeza y del esfuerzo enorme de generar vida que tenemos. Por eso, les agradezco también a los hermanos

campesinos que han venido porque nos recuerdan que estamos siempre para dedicarnos a responder a las exigencias de toda la vida de la humanidad.

Amén